

¿CÓMO ME VEO? APUNTES PARA UNA SEMIÓTICA DEL VESTUARIO

Ya se nota la cercanía del verano, la temperatura promedio es más alta, alrededor de 20 grados y la luz solar nos acompaña casi hasta las 21.00. Este cambio se revela también en la vestimenta de la gente de Viña del Mar. En realidad, no es algo tan estacional, porque podría fecharse a lo menos una década atrás, pero se nota más ahora en estos días de Diciembre.

La vestimenta femenina que observo, se caracteriza por el uso de telas livianas, con ornamentación en colores que contrastan y que por lo general usan todo el espectro cromático. La impresión general es que nos acercamos a lo tropical y caribeño. El cambio hacia el vestido de colores pastel, es sin embargo mucho más antiguo. Postulo que fue la película *El submarino amarillo* (1968), con los Beatles, la que inició el movimiento hacia el color, tanto en los varones como en la mujer. La exitosa serie de *Los Simpson* (Matt Groening) utiliza un cromatismo semejante.

El chileno ha sido históricamente muy conservador en materia de vestuario. En la época colonial los trajes de los terratenientes y gobernantes – cuando no vestían uniforme – se ceñían a los moldes españoles, es decir, europeos. Eso era particularmente claro en las veladas y reuniones sociales. Una etiqueta muy minuciosa presidía esos encuentros. Según Mary Graham¹, tan pronto como una dama entraba a una casa, se le ofrecía una perfumada flor.

¹ Su Diario de su residencia en Chile durante el año 1822, es uno de los mejores documentos para estudiar esa época (1822). Sus descripciones de la vestimenta son muy buenas. Junto con Juan Mauricio Rugendas (1802-1858), constituyen referencias apropiadas para hacerse una idea de como vestíamos los chilenos en los albores de la República.

La vestimenta de la gente de campo era muy diferente y simple. Altos gorros o sombreros, calzado de cuero amarrado con cuerdas, y poncho. Todo este conjunto , en parte , a lo menos, estaba en función de los caballos, que los chilenos montaban tanto como podían. Muy probablemente, esta vestimenta estaba entroncada con estilos y prácticas ancestrales de los indígenas que habitaban el territorio.

Las fotografías de mis abuelos , en salones, no dista mucho de lo mencionado. En KAIROS ², hemos insertado una notable fotografía de la abuela Kirkwood, con un amplio vestido y gran sombrero. Foto de estudio en Iquique.

En la generación de mis padres el traje gris – *plomo*, diríamos en Chile – todavía era de rigor. La situación de mis bisabuelas, creo que no fue muy diferente. Pero, a comienzos del siglo XX la influencia francesa, muy predominante, trajo cambios a la moda femenina. Lo acostumbrado eran vestidos largos y repolludos, el uso de sombreros y sombrillas. Me parece que los cuadros de Renoir y de los Impresionistas en general captaron ese fenómeno. Por otra parte en Viña del Mar, había muchos ingleses, que tenían una mentalidad completamente diferente. Se vestían de modo especial para los deportes: tennis, criquet, polo y otros; y reservaban prendas especiales para las veladas y la cena. En el diario vivir, considerábamos a esas “gringas” como decíamos – sin tono peyorativo , como desaliñadas y *pavas*.

Consulto a Don Renato Damilano Bonfante ³ sobre las costumbres, en materia de vestuario de la época de sus padres, en Valparaíso. Lo acostumbrado era acudir a algunas tiendas, casi todas de españoles y comprar telas, que posteriormente eran cortadas y cosidas por sastres, costureras y/o modistas. La modalidad del *prêt a porter* llegó de Francia y dejó sin trabajo a una amplia gama de personas dedicadas a confeccionar trajes a la medida.

² KAIROS, es el nombre de mi Diario de Vida. Son 13 libros, que ocupan 5 Tomos. Primera versión hasta 2010.

³ Don Renato Damilano Bonfante, es el padre de mi esposa María Isabel. Tiene 95 años (2012). Su sabiduría y sus conocimientos son admirables. Abogado y servidor público.

Entre esas casa españolas recuerda a la Soriana, la Sevillana y la casa de Evaristo Peña, en la esquina de la calle Condell con Ecuador. Estas tiendas ofrecían telas importadas. Otro nombre cotizado era Presciutti, en la calle Condell, vendía camisas, corbatas, sombreros y otros artículos similares destinados a los “caballeros”. En la calle Esmeralda estaba Price que comerciaba en prendas similares. Las señoras se atendían en los locales de Madame Rosselot y Madame Philo, donde se encontraban las mejores carteras, perfumes y sombreros. La familia Luchinni tuvo una hermosa tienda, *La Joven Italia* en la calle Condell, *en la cual compramos varias veces , ya casados*.

Tengo un vívido recuerdo de los años 40. Mi madre, Elsa, me llevó a Valparaíso, a la Tienda *Las dos campanas*, en El Almendral – en la esquina de la calle San Ignacio con Calle Independencia y me compró un pantalón. Probablemente fue el primer pantalón largo que usé. En esa época, en el colegio, usaba pantalón corto. Fue el momento en que inició sus actividades en Viña del Mar, un sastre que daría origen a una gran familia viñamarina, era el Señor Zapico. Tenía su taller en el Pasaje Cousiño, casi frente a lo que hoy es el restaurante Samoiedo. Uno de sus hijos fue compañero mío de curso en los Padres Franceses.

Uno de los goznes del cambio lo constituyó la moda del uso de *blue jeans*. El *merchandising* lo presentó como una moda tomada del oeste americano (USA), pero yo no creo que ese sea el origen. Aquí en Chile, ya con anterioridad, en el campo, se usaba una tela muy parecida, llamada *diablo fuerte*. De todos modos, junto a la introducción del pantalón como prenda femenina, el *blue jeans*, hizo una entrada arrolladora, que aun perdura.

Pero, como en el vestir nada es completamente permanente, a lo largo de estos años han surgido modalidades: entre otras *jeans desteñidos*, especialmente en los glúteos y en la parte anterior de las pantorrillas, *jeans abiertos* en las rodillas, *jeans enchulados*, es decir adornados con bordados. No faltan los *jeans desteñidos*, especialmente en las “asentaderas”, al modo de unas *callosidades isquiáticas*, tan propias de los mamíferos. Todos estos pantalones, sin embargo, se han cortado para ajustarse a la cintura y mostrar así la zona glútea, que junto a las mamas es la más expuesta.

Los cambios más importantes datan de los años 50. Viña del Mar creció en todo sentido y poco a poco su comercio y su gente

fue compitiendo de igual a igual con Valparaíso. No obstante, hasta esa época el vestir tanto masculino como femenino estaba reglado por normas muy fijas y conservadoras. En mi adolescencia era impensable ir a la Calle Valparaíso en Viña del Mar, en *mangas de camisa*. Y, por supuesto, ninguna niña o dama usaba pantalones. Creo que la moda de las adolescentes en 1949, eran faldas largas y amplias y el uso de calcetines. De allí debe provenir el apodo de *calcetineras*.

El sombrero era de rigor para los caballeros. Los que podían traían sombreros de Italia e Inglaterra. En verano el sombrero de fieltro se cambiaba por uno más liviano de paja tejida llamado *colisa*. Don Antonio Damilano, padre de Don Renato, usaba sombrero de marca: *Borsalino*, muy elegante.

Hoy día tanto para las mujeres como para los hombres hay una libertad en el uso de prendas de vestir, que asombra. Recorrer la Calle Valparaíso en Viña del Mar, en traje de baño o *shorts* es algo que no llama la atención de nadie.

Una rápida consulta a mi hija Claudia (32), con participación de mi esposa María Isabel, sobre lo característico de la moda femenina hoy día (Diciembre 2008), arroja las siguientes opiniones: 1) Predomina la ropa informal, 2) de colores vistosos; 3) En general se trata de prendas *desechables*, es decir, de no mucho valor, que con toda seguridad se usarán sólo en una estación; 4) Podría denominarse *ropa sport* ; 5) Se usa una gran variedad de colores. Una de los predilectos es el morado, combinado a veces con el verde petróleo.

Agregaría que para las mujeres – no en el caso de los hombres - es posible ir al lugar de trabajo con tenidas casi informales. Este concepto incluye *colgantes, aros y calzado*. No es raro el uso de *botas* de todos tipos.

Podría pensarse que hay una clara diferencia entre los habitantes de medios urbanos y los de los rurales. Si, hay diferencias importantes, pero al momento de ir a la ciudad, la diferencia casi se anula.

No todas las tenidas ⁴ son igualmente informales. Se guardan ciertas convenciones. Para un matrimonio, todavía es de rigor que el padre del novio se vista de un modo especial y establecido. La novia, seguramente con el traje usado tradicionalmente para esta ceremonia, así como las madres de ambos. En cambio las jóvenes asistirán, en general, con vestidos ajustados y coloridos. Pero, en esto, como en otras cosas hoy día hay un gran margen de libertad. En la época de nuestros padres, había oportunidades en que era de rigor que las damas vistieran *traje largo*. Tal vez era parte de la influencia inglesa.

Los adolescentes urbanos tienen sus propios estilos. En el panorama urbano se distinguen grupos juveniles con indumentaria propia. Se destacan los jóvenes, cercanos a la cultura *hip hop* y otros como los *punk* – bototos, pantalones muy ajustados, pelo corte *mohicano*. Se ubican siempre en los mismos lugares de la calle Valparaíso, pidiendo unas monedas. Recientemente ha habido una proliferación de sub grupos y subculturas, cada uno con su lenguaje y vestimenta. En Viña del Mar, no es raro ver a jóvenes con pantalones con cinturón casi en las pantorrillas – apenas se puede creer que puedan caminar, pantalones no tan cortos, pero un poco más debajo de la rodilla. Usan zapatillas y casacas con capuchón, a pesar de que haga mucho calor. Muchas veces pasan velozmente a nuestro lado, por la vereda sobre *tablas* con cuatro ruedas.

En cuanto a prendas femeninas lo habitual es usar blusas o poleras amplias y con coqueta exposición de las mamas o pechos. Por un lado esta moda estimula la femineidad, destacando un atributo muy maternal –somos *mamíferos*, y ..los hombres también tienen *mamas* rudimentarias y se convierte en una característica funcional para la atracción entre los sexos. Parece que es un hecho comprobado científicamente que lo primero que los varones observan en las mujeres son sus “pechos”.⁵

Lamentablemente, existe la sospecha de que la población está siendo objeto de una alimentación en base a hormonas que

⁴ *Tenida*, probablemente es un chilenismo. Denomina el traje vinculado a alguna ocasión: que se tiene para ciertas situaciones. No obstante puede usarse como sinónimo de *traje*.

⁵ En el lenguaje campesino chileno se usa la palabra *teta* para las glándulas secretoras de leche del ganado menor. Para el caso de vacas se habla de *ubre*. Ninguno de estos términos se aplica a las glándulas femeninas. Estas a veces se denominan *mamas* o bien *pechugas* y rara vez *senos*

producen alteraciones en los ritmos femeninos y en las formas corporales. El adelanto de la primera menstruación y el aumento del volumen mamario podrían ser consecuencias de lo anterior.

Por otra parte está *exposición* exagerada de algo tan delicado, propio y femenino, puede conducir a una disminución de la *libido* en los varones. No hay que olvidar que la atracción sexual está construida sobre bases simbólicas y mecanismos cognoscitivos, mucho más que sobre fuerzas puramente químicas. Ni siquiera la mayor parte de ese atractivo es producto de las *feromonas*.

No cabe duda que el erotismo esta muy vinculado al uso que los medios – en particular la televisión – hacen de él. De este uso no escapan los canales católicos. Por otra parte la cobertura planetaria de Internet, ha producido un inquietante crecimiento de aberraciones y conductas criminales, en particular las pedófilas.

Están lejanos los tiempos en que Don Emilio Tagle, obispo de Valparaíso, fustigara el uso de trajes de baño, llamados *bikinis* ⁶. Hoy día , “se moriría” al ver lo que usan las jóvenes – y las no tan jóvenes.. Pero, curiosamente, se ha producido un acostumbamiento y una *narcosis* – como lo anticipó genialmente McLuhan - y cada vez nos impresionamos menos.

En este 2008, es frecuente ver a jóvenes varones con “adornos” que en nuestra época eran sólo para mujeres : aros en los lóbulos de la oreja, collares, objetos colocados en los labios y en otras partes, por medio de un agujero en la piel . Esta “moda” se llama *piercing*.

Uno de los sub grupos urbanos más llamativos son los *góticos*. Tanto hombres como mujeres visten con ropajes negros. He visto usar viejas sotanas negras. Hay una intención de imitar a Drácula y a otros personajes de la noche. Estos y los *punk* tienen frecuentes peleas en la calle.

En ese mundo de los sub grupos se hallan también los neo nazis y los anti nazis. Todos ellos utilizan los *rallados* de murallas con extraños símbolos. No pueden incluirse en la clase de los *graffiti*, porque éstos tienen otras características.

⁶ Este tipo de traje de baño tomó su nombre de las islas del Atolón Bikini en el Pacífico Sur, donde entre 1946 y 1958 se hicieron explotar 20 bombas de hidrógeno, aniquilando la vida en dos de sus islas.

El atuendo femenino incluye además la cartera y los zapatos. Los que deben estar acordes – en sus colores y formato - con el ropaje. Se usan además variados *bolsos*, en parte porque los supermercados usan bolsas de plástico para entregar la mercadería. Llevar una bolsa de plástico en la mano es algo muy frecuente.

De pronto, en la calle, me cruzo con un personaje que avanza sin mirar y en plena contemplación. Lleva unos audífonos en sus oídos o bien un *pent drive* instalado en su oreja. Escucha música. Pero, hay otro que habla *solo*. Es decir, va hablando por teléfono, sin que haya a la vista ningún aparato. Parece que lleva un muy pequeño micrófono cerca de su boca. Maravillas de la electrónica, que complementan la vestimenta y se convierten en nuevos modos de estar *conectados*. Se trata de los mismos fenómenos comunicacionales.

Nos surge la pregunta, en cuanto al vestir: ¿se trata de un fenómeno de *decadencia*, que como consecuencia conduce a una pérdida de sentido moral y estético? Para algunos, entre ellos mi suegro Don Renato Damilano B. la respuesta es categóricamente afirmativa: sí, hay decadencia, pérdida de estilo y categoría en el vestir. Habría algo así como una proletarización general, o sea un rebajamiento parejo. (Esta última calificación no es suya). Conserva en su memoria de joven, la imagen de la señora Howard avanzando por la calle Condell, con su vestido lago de tela inglesa, esclavina y sombrero, y un largo bastón – como el báculo de los obispos. Para él, es el emblema de la elegancia en el vestir.

En este punto, luego de este análisis predominantemente descriptivo, vuelvo a la idea del subtítulo: en efecto pienso que más allá de la obvia funcionalidad del vestuario, se trata de un lenguaje y de un vehículo de comunicación. La pregunta simple es ¿por qué cubrir la desnudez? ¿Acaso no nacemos desnudos? Hay varias respuestas. Por una parte, el acto de cubrir la desnudez se liga en el relato del Génesis con la Caída Original y de allí, en nuestra cultura de origen bíblico, han surgido múltiples conductas, contrarias a la exposición de algunas partes de nuestro cuerpo: son las partes *pudendas*, o sea que se deben cubrir.

El hecho biológico abre a otras respuestas y tiene otras aristas. Tempranamente la especie humana perdió su *pilosidad* y

tuvo que resguardarse del frío y del calor. En efecto, no habría sobrevivido a la Edad del Hielo, sin las gruesas pieles de animales. Desde muy antiguo la humanidad aprendió a hacer uso de fibras vegetales y animales, tejiendo prendas de vestir. El desarrollo de las grandes culturas humanas : Nilo, Mesopotamia, Indo y otras, llevó a adelantos en esta materia. Al punto que no era difícil distinguir a un egipcio de un griego o de un persa, observando su vestimenta, su barba o sus armas.

En las culturas antiguas que conocemos junto a la prosperidad del comercio y a los adelantos tecnológicos, se hizo visible un abanico cada vez mayor de posibilidades en la vestimenta.⁷ Era normal que se conociera la posición de un ciudadano en la polis, con sólo observar su apariencia , su vestuario. No sólo los militares, sino los sacerdotes y los gremios, tenían su propio sello, su vocabulario, sus canciones y.. su vestimenta. En algunos casos había vestimentas especiales para ocasiones privadas y secretas.

En todos los casos, el vestir era más que cubrir la desnudez. Con los atuendos se decía algo y se anticipaba lo que se podía esperar de un sujeto. Su interior más íntimo, era desconocido, pero el lenguaje del alma se revelaba en su ropaje. Más que eso, con las vestimentas, así como con la ciudad misma – plazas, murallas, puertas, defensas, etc. se podía conocer el espíritu del grupo humano que hacía uso de ellos y los había creado.

En efecto, así como la forma corporal de las personas, su rostro, su manuscrito y otras manifestaciones conductuales, permiten, en cierta medida conocerlas, porque en realidad son no sólo expresiones, sino prolongaciones de su mismo ser, el vestuario es además, de una realidad vinculada a necesidades biológicas y condicionada por imperativos morales, es una prolongación del mismo cuerpo humano. Es una de las formas de *estar en el mundo*. Este carácter de la vestimenta, lo constituye en un *medio* en el conjunto de los medios (*media*, en teoría de la comunicación). Y, como todos los medios, es una proyección del cuerpo y de la totalidad del sujeto, es decir, no sólo de su cuerpo, sino de su alma.

⁷ La pintura flamenca (siglos XV y XVI) que tanto apreciamos, dio importancia a la vestimenta tanto en interiores como exteriores. Esos maestros pintaron escenas bíblicas y evangélicas, con personas vestidas a la usanza de esos siglos, que sin embargo, nada tenían que ver con las prendas que efectivamente se usaron en Israel en tiempo bíblicos y/o evangélicos.

Este modo de considerar los medios y entre ellos el vestuario, fue presentado por Marshall McLuhan (1911-1980), cuyo pensamiento conocí en USA en 1969. Este importante intelectual canadiense, postuló que los medios debían ser objeto de cuidadosa manipulación, porque su impacto no tenía tanto que ver con su *mensaje*, sino con su *masaje*, es decir, con el modo como condicionaban nuestra corporalidad, nuestro actuar, y el modo como nos percibíamos.

McLuhan se anticipó al enorme desarrollo de los medios electrónicos, postulando que transformarían nuestra vida, porque *externalizaban* no sólo nuestro sistema óseo y muscular, sino nuestro sistema nervioso. Una presentación ordenada de su pensamiento, puede consultarse en mi trabajo *Marshall McLuhan y el medio ambiente tecnológico* Revista Mensaje, Julio 1973, N° 220. Estos medios, así como todos los medios, al ser prolongaciones de nuestra corporalidad animada son percibidos conscientemente en un primer momento, pero rápidamente se hacen invisibles. A este fenómeno, que cualquiera puede reconocer, lo llamó *Narcisus narcosis*.

Volviendo a mi interrogante sobre la *semántica del vestir*, considero interesante reinsertar este tópico en el conjunto de estudios sociales, para reconocer su *lenguaje, sus íconos, su ritmo, su historia, su conexión con las artes, etc.* Nada de fácil, porque se requiere de una distancia y de un cuestionamiento de su obviedad, para situarla y para, en la medida de lo posible, orientar la significación del vestuario. Si los medios producen esta narcosis, otros medios pueden contrarrestarla y sacarlos de su oscuridad semántica. Es el caso de las artes, que hacen visible lo invisible.

Siguiendo con las ideas de McLuhan, es posible comprender como los “medios” surgen no sólo como *reemplazo* de los anteriores históricamente, sino, en cierto modo *contra* los anteriores. Esta “agresividad”, tal vez podría entenderse como un “ganar terreno a costa de los anteriores” y disputar la plaza. El hecho de que los *blue jeans* se hayan impuesto en todo el mundo – sin tomar en cuenta ni ideologías ni sistemas políticos – podría interpretarse como : invasión de bárbaros, plaga o maquiavélica movida económica, para destronar a las faldas y a los viejos pantalones con bastillas.

Esto es más claro cuando alguien se *atreve* presentarse con una prenda de vestir completamente inusual. Casi siempre habrá en ello algo provocativo. Frente a ella habrá reacciones moderadas: es *un tipo loco*, o *quiere hacerse notar*. O reacciones violentas: *encarcelarlo y hacerlo desaparecer*. Se juega aquí el nivel de tolerancia de esa cultura. Cuán diferente se pueda ser en una cultura, y de todos modos, ser aceptado, no es algo trivial. En general, lo predominante es la modalidad conservadora y protectora del estado actual (*statu quo*).

Uno de los casos emblemáticos de nuestros tiempos en el mundo occidental ha sido el uso de vestimentas y ornamentos litúrgicos. *Usar o no usar sotana*, que es un tipo de veste talar, en muchos casos ha sido signo de acercamiento a la iglesia, en el pueblo, pero hay muchas otras lecturas posibles. El cuasi abandono de las *casullas*, para la celebración de la misa y el uso del alba con la estola, y en algunos casos: por *ponchos*, es revelador. Ambos fenómenos acontecen después del Concilio Vaticano II.

Ni los apóstoles, ni Cristo usaron otras vestimentas que las que todos los judíos usaban. Eran gente del pueblo y vestían como tales. Su vestimenta era su modo de presentarse. El cambio se produce cuando la Iglesia se vincula a la cultura helenística del Mediterráneo y adopta los símbolos de autoridad y poder. Y, llega un momento en que la vestimenta distingue a simple fiel del sacerdote y del obispo.

Podríamos continuar realizando un análisis del tópico *vestimenta*. Se me ocurre que el modo como se *viste* a los muertos, para su deposición en tierra, o en sepulcros, revela mucho sobre lo que esos pueblos piensan o han pensado sobre la muerte – y por ende, sobre la vida humana. No es banal el hecho de que la antigua cultura *paraca* del Perú haya enterrado a sus muertos en grandes bolsas de lana, en las que se hallan, los que son, tal vez, sus únicos registros escritos. Para qué decir, “lo que hablan” los métodos funerarios egipcios, celtas, romanos y todos los demás.

He llamado a esta dimensión del vestir . *semiótica*, porque es un intento científico por descifrar un lenguaje, una *semántica*, que se puede descifrar e interpretar. Más aún, posee una gramática. No da lo mismo colocar la corbata en el cuello que en un brazo. Las

cosas tienen un lugar y una densidad óptica. Las telas pertenecen a un doble o triple mundo: el de las fibras (materia viva), el de la tecnología (fibras artificiales, arte de tejer e hilar) y al de los símbolos. Aún algo tan sencillo como el cuello de la camisa, puede significar algo diferente si es redondeado o afilado en sus puntas, o no existe como cuello. En la semántica los silencios y ausencias son tan o más importantes que las palabras o signos proferidos y explícitos.

De lo anterior surge una primera conclusión: el vestir tiene una dimensión *política*. Querámoslo o no somos con otros en una realidad que no es sólo natural o biológica, sino simbólica y comunicacional. Algo tan fuerte y conmocionante como la Revolución Francesa, es ininteligible sin un análisis de los símbolos asociados a la vestimenta, más allá de los discursos.

¿Es infinita la creatividad en materia de vestuario? Probablemente no lo es. Por un lado está la forma humana corporal que de todos modos es el sustrato físico, pero también comunicacional, que orienta las propuestas. Pero, tanto las artes, como la misma tecnología – que ensaya nuevos materiales – nos proponen a cada momento novedades. Menciono a modo de ejemplo, el caso del film *La Guerra de las Galaxias* – o *Star Wars*, de George Lucas (primeros films en 1977 – últimos en 2005) que es interesante en este aspecto. El cineasta crea nuevas vestimentas adecuadas a los personajes. Y, tanto fue su impacto mundial que hemos visto “tenidas” semejantes en los más diversos ambientes.

Reconozcamos que en la historia de la Humanidad ha habido cambios notables en materia de vestuario. La Historia del Arte nos ilustra, sobre tendencias en diferentes lugares y épocas. Los primeros diseñadores de vestuario para reyes y dignatarios fueron los egipcios, pero tenían una limitación: el clima del Nilo. No era posible, en ese calor y humedad, usar gruesa vestimenta .

Ahora bien, si observamos la vestimenta en la época griega y romana, en el mediterráneo, veremos el uso de togas, y vestidos que caían desde los hombros y daban sólo una vislumbre de la corporalidad subyacente. La cristiandad adoptó esa moda culta, pero hay un momento en la historia de Europa – que reconocemos en la pintura, en que se dejan esas ropas y se viste de otro modo. La vestimenta se ciñe al cuerpo, se ajusta a las extremidades, perfila la cintura. En el caso de los varones, inventa un sistema

simple para orinar, sin tener que “bajarse” los pantalones. Al respecto las pinturas de Brueghel en Viejo (1525-1569), son un claro testimonio de aquello, a lo menos en cuanto a los varones.



Pieter Bruegel el Mayor. Danza campesina.

Hoy día esa es la moda en todo el orbe terrestre. Se trata de usar ropa que permita *ver* o sugerir la corporalidad que soporta el vestido. El equilibrio entre mostrar y ocultar es sutil. Gran parte del encanto está en *imaginar* . Como bien lo expuso Gertrud Von Le Fort (1876-1971), el encanto – sobre todo el femenino está en un ropaje que vele y oculte, más que exponga. Sin duda que el desnudo, puede ser atractivo, pero deben darse condiciones muy especiales.

Cada día *observamos* el cielo y la tierra. Ellos y el mundo vivo – los otros - nos dan parámetros para lo que podemos hacer o no hacer. En un momento de guerra civil , hay cosas que *no se pueden hacer*. Hay también la posibilidad de vivir simplemente y no ver. Es hasta legítimo como recurso para mantener alguna paz de alma. Denominaría *monacal* a esta actitud. Pero, el mundo, por muy ancho y ajeno que nos sea, es nuestro mundo y con él y en él debemos vivir. ¿Cómo me veo? Es una pregunta que tiene mucho que ver con ¿Cómo soy yo? Y ¿Cómo se relacionan *otros* conmigo?

La pregunta sobre el “yo” es pertinente. De cualquier modo que lo miremos, el vestuario, la tenida dominguera, el traje con que salimos a la calle, adviene a nosotros como un *hecho de conciencia*. Está allí sobre nuestra piel, pero esa sensación es primero un hecho de conciencia que se produce en nuestros centros cerebrales mediante una compleja red físico química, apoyada en los centros neurológicos. Una larga educación desde la etapa uterina nos prepara para darnos cuenta del efecto de “otredad” y de “distancia” de los objetos de conciencia. Tanto es así, que por lo general – y de acuerdo, nuevamente con McLuhan – *no recordamos como estamos vestidos*. La veste se ha confundido, o sea, se ha *fundido* con nuestro mismo ser consciente.

El análisis de esos hechos de conciencia es el punto de vista adoptado por la *fenomenología*, que tiene en Edmund Husserl (1859-1939) a uno de sus iniciadores. Dicho de otro modo, no hay duda que las prendas de vestir están allí en nuestro closet, pero no son solo “cosas”, son signos, son objetos simbólicos, insertos en una red de significados. Cada uno tiene una historia y un contexto, pero hay algo común : *significan algo para mí*, están vinculados a mi yo. Al usarlos digo algo de mí. Si trato de sorprender con una nueva tenida, es mi yo – en su red social – el que trata de afirmarse o vincularse.

Obviamente esta dimensión basal no es privativa del vestuario. Antes que eso está la *corporalidad*, que también es conocida como hecho de conciencia y que tardo una vida en conocer. Entre esa corporalidad y el yo consciente siempre hay un *desface* o sea, nunca calzan perfectamente. La principal explicación de esta paradoja, es que el huésped de ese cuerpo, es una *alma*, que supera completa y totalmente esa corporalidad biológica. Pero, también deberíamos reconocer, como parte de ese *desface*, la presencia en nosotros de una realidad *inconsciente* acumulada a lo largo de una evolución de millones de años, siempre presente, pero rara vez actualizada en forma consciente.

Dicho de otro modo, siempre estamos tratando de hacer calzar nuestro yo con nuestra corporalidad – y, con el mundo en torno. Y, es aquí donde se inserta la elección y uso del vestuario como posibilidad de *ajuste* y de *calce*. En este sentido no hay gran diferencia entre un pantalón y un zapato. Ambos deben *calzar*. Para qué decirlo nuevamente, el vestuario *cubre y protege*, pero es mucho más que eso. Es un nexo con el yo consciente, con el mundo, con los otros, con la historia y con el mundo.

Tal vez esta sea la explicación de la excitación que produce el hecho de *desnudarse públicamente*. Spencer Tunick, fotógrafo – que estuvo en Chile - ha logrado “convencer” a miles de personas a posar desnudas ante su cámara. Se dice que en México (2007) reunió en el Zócalo a 20.000 personas desnudas. Uno de los modos de explicar esta conducta, es la necesidad de despojarse, rápida, pública y completamente – al menos eso creen – del vestuario, para reencontrar otras dimensiones de su yo privado. En un sentido es una tentativa utópica. Aún sin traje, nuestro yo corporal, sigue siendo una vivencia muy profunda y escondida. No obstante, ese estar vestido y estar desnudo, no son experiencias tan lejanas, ya que ambas son modos de relación y pueden ser transgresoras e intolerables – para muchos. Se podría decir que en el desnudo colectivo algo *tribal* y muy primitivo se despierta en nosotros, pero la diferencia puede ser sólo aparente. Lo tribal también se siente y se vive en la comunidad de vestimentas.

(Esta versión incorpora los comentarios y correcciones de Don Renato Damilano Bonfante y de María Isabel Damilano Padilla.
AVF. Diciembre 2008.